

LA PERVIVENCIA DE GRACIAN A FINES DEL SIGLO XX

(Resumen de la Ponencia)

por

MIGUEL BATLLORI, S. I.

Ante todo he de agradecer a los organizadores del simposio el haberme invitado a esta "Primera Reunión de filólogos aragoneses", sin ser yo ni filólogo ni aragonés. Bien es verdad que los historiadores de la cultura somos considerados filólogos por los historiadores —aunque historiadores por los filólogos, como los que os habéis reunido ahora en torno a Baltasar Gracián—. Pero también es verdad que, siendo historiador de la cultura catalana, y aun de la general española, he solido ver como una unidad político-cultural toda la Corona de Aragón: sus cuatro regiones hispánicas, íntimamente unidas en toda la historia del Humanismo y del Renacimiento, desde sus orígenes hasta los tiempos de Luis Vives y de Jerónimo Zurita; entrelazadas de modo inextricable en sus contactos histórico-culturales con Sicilia desde el siglo XIII, con Grecia y Cerdeña desde el XIV, con el reino de Nápoles desde el XV; y unidos igualmente, nuestro Principado y nuestros tres Reinos, en el exilio italiano de los jesuitas setecentistas —tres temas de investigación que me han ocupado y preocupado durante toda mi ya larga vida, como muchos de vosotros quizás sepáis.

Adentrados ya en el penúltimo decenio de nuestro siglo XX, en el que yo entré a fines del primero, puede ser de interés el reflexionar ahora sobre la pervivencia y la vivencia de nuestro Baltasar Gracián cuando nos hallamos ya a las puertas del año 2000¹. Los años

¹ Como estas páginas tienen a la vez una intencionalidad orientadora y valorativa, me ha parecido oportuno eliminar mis recientes aportaciones personales a los estudios gracianos; tanto más que ahora pueden hallarse fácilmente en mi bibliografía general y en la referente a la historia de los jesuitas que ha compilado

1958/1959, con ocasión del tercer centenario de su muerte, fueron propicios a una meditación y a un examen retrospectivos de los rumbos que las investigaciones gracianas habían seguido desde fines de nuestra guerra, en 1939, y a partir de la conclusión del segundo gran conflicto mundial. Ahora me propongo recorrer las puntas más emergentes del gracianismo europeo y aun mundial desde el año del tricentenario hasta el actual de 1985, no al modo de una bibliografía selecta, sino a la manera de una detección de los temas y de los intereses que más han incitado la curiosidad y el estudio de los gracianistas.

Y ya que he aludido a la próxima conjunción del siglo xx con el xxi, desearía que esa fecha, 2001, coincidente con la del cuarto centenario del nacimiento de nuestro gran aragonés universal, fuese prevista, ya desde ahora, como un hito cronológico de buen auspicio no tanto para una nueva Reunión de filólogos aragoneses, cuanto para un verdadero Congreso internacional de gracianistas. Mi interés, como podéis suponer, es puramente altruista; pues, asomado a este mundo —como Andrenio en Goa y en Santa Elena— el año 1909, no puedo esperar ni aspirar a intervenir en tal Congreso graciano. Como senescente, ya que no senil, me gusta ser como aquel interlocutor del *De Senectute* ciceroniano, que, aquí y ahora, “serit arbores quae alteri saeculo prosint” —intenta plantar árboles que sirvan para los tiempos venideros.

He dicho ya que no intento trazar una bibliografía seleccionada de los estudios gracianos, sino trazar las líneas maestras del gracianismo actual. Bastará, pues, a los nombres de los varios autores, añadir el año de su libro, escrito o edición. A todo el mundo será fácil hallar la referencia completa en cualquier repertorio bibliográfico, o graciano, o español, o románico, o jesuítico, pues tan variados son los instrumentos de trabajo que pueden o suelen utilizar los gracianistas. En este nuestro caso, como en todos, tiene vigencia el verso de Horacio sobre los poemas: “Sunt bona, sunt mala, sunt mediocria plura”; pero también algunos escritos mediocres pueden tener un alto valor significativo.

con suma diligencia, y con índices temáticos y onomásticos, Mario COLPO, respectivamente en *Studia historica et philologica in honorem M. Batllori* (Roma, Instituto español de cultura, 1984), 869-962, y en *Archivum historicum Societatis Iesu*, tomo 53, fasc. 105, «LXXV annis completis R. P. Miquel Batllori y Munné dedicatum» (Romae, Institutum historicum Societatis Iesu, 1984), 7-29. Añádase *Breve boletín graciano*, en *Archivum* cit., tomo 55 (1986), 181-190.

TEMAS Y PROBLEMAS GENERALES

En la clásica serie que se suele denominar "vida y obras", hay que señalar la actitud antagónica entre la segunda edición del estudio global de Correa Calderón (1960), a mi entender desmedidamente apologético, y la introducción de Arturo del Hoyo a las obras completas de Gracián (1960), aparecida el mismo año como un eco del año centenario 1958. Del Hoyo, en su amplio estudio —reeditado también suelto en Buenos Aires (1965)— reacciona contra Correa Calderón, y en parte también contra mí, para volver a la posición de Coster, acrecida aún, al presentárnoslo como un jesuita "rebelde"; cosa que no cuadra demasiado con la documentación ya publicada y en el marco de la publicística clandestina de los jesuitas durante el generalato de Muzio Vitelleschi (1615-45); es sólo en tiempos de su sucesor Goswin Nickel cuando arrecia la persecución contra los libros piratas, y sólo en este momento Gracián se halla al descubierto.

La actitud de Del Hoyo ha pasado casi inalterada a Alborg (II, 1966) y más recientemente a Pelegrín (1984), quienes tampoco han tenido en cuenta las circunstancias temporales en relación con las cuales hay que interpretar las reglas de San Ignacio, ni las posteriores disposiciones de la Compañía de Jesús a ese propósito. Mucho más cauto y sereno se nos muestra Gonzalo Sobejano en la historia literaria española dirigida por Rico-Wardropper (III, 1983).

Como estudios generales pueden recordarse también el de José Luis Abellán dentro de su historia de las ideas o del pensamiento en España (III, 1981) y el libro a que ha desembocado Virginia Ramos Foster (1975) tras largos años de dedicarle precisos estudios analíticos.

En el aspecto biográfico pláceme señalar la vida de Gracián por Conrado Guardiola Alcover (1980), ejemplar compendio, que completa en algún punto el estudio preliminar de las obras de Baltasar en la "Biblioteca de autores españoles" (1969).

Como de éstas sólo ha aparecido el primer volumen —y no por culpa de Ceferino Peralta—, todavía las ya citadas de Arturo del Hoyo son las más asequibles y útiles, suficientemente exactas y fiables para los gracianistas.

Dejando de lado otras ediciones de tipo más industrial y patriótico (?) que filológico y crítico, creo que debo señalar aquí dos antologías que permiten hacer llegar los escritos y el pensamiento gracianos a los ajenos a la obra, vale decir, la castellana de José

García Mercadal (1967) y la angloamericana de Thomas G. Corvan (1964).

Muchas de las obras hasta aquí mencionadas llevan repertorios bibliográficos —unos más completos y fiables que otros—, pero en adelante habrá que tener en cuenta la que nos ha dado José Simón Díaz en su bibliografía general hispánica (XI, 1976); no completa, porque en general sólo incluye los títulos que de un modo u otro son específicamente gracianos; ni con claras interreferencias, cuando se trata de escritos luego refundidos por los propios autores en otras obras de carácter más general. Pero hay que reconocer que no se puede pedir más, tratándose de una obra de tan vastas proporciones, ni hay que exigir que su autor conozca fundamentalmente el contenido de cada una de las entradas de una bibliografía de carácter casi enciclopédico en lo que a literatura española se refiere.

Numerosas obras y ediciones a las que luego habré de aludir nos han ido revelando nuevas fuentes gracianas. Aquí, limitándome forzosamente a lo esencial, he de comenzar por una aportación que ha comenzado ya a servir de guía para detectarlas: la impecable edición, por obra de Karl-Ludwig Selig (1960), de los inventarios de la biblioteca de Lastanosa, conservados en Estocolmo.

De las restantes y generales, extensibles a casi toda la obra graciana, unas han sido reexhumadas con mayores precisiones, y otras nuevamente exhumadas. Sólo es posible dar aquí un muestreo: Séneca —Karl Alfred Blüher (1969)—, San Agustín —H. Lausberg (1975)—, la escolástica —Baciero (1967)—, Ignacio de Loyola —Ignacio Elizalde (1980)—, Zurita —Cándido de Dalmases (1964)—, Boccacalini —Alessandro Martinengo (1979)—, la tradición oral —Maxime Chevalier (1976).

Quizás una de las características de los recientes estudios lingüístico-filológicos sobre Baltasar Gracián ha sido el de la intersección y ensamblaje de su estilo con respecto a su pensamiento. Luego aparecerán repetidos ejemplos. De las investigaciones más estrictamente estilísticas, hay que comenzar por la tesis de Santos Alonso (patrocinada por Lapesa), sobre la tensión semántica como característica tanto del lenguaje como del estilo gracianos (1981), y seguir por el trabajo de Ceferino Peralta sobre las ideas lingüísticas subyacentes en los varios libros de Gracián (1984) y el de Joseph L. Laurenti acerca de sus italianismos castellanizados (1969, 1972), mientras esperamos con gran interés las anunciadas aportaciones de Juan Antonio Frago sobre sus aragonesismos.

En estos cuatro últimos lustros ha seguido persistiendo el interés por la expansión de Gracián fuera de España: en Portugal —in-

flujos sobre Francisco Leitão Ferreira (Chr. C. Lund, 1977)—, en Francia —sus inicios (Louis van Delft, 1976) y los reflejos gracianos en La Bruyère (id., 1971) y Saint-Simon (Yves Courault, 1975)—, en Hungría —Méla Kópeczi (1980)— y sobre todo en Alemania y Rumania.

Claro indicio de ese interés ha sido la reedición anastática del libro ya clásico de Borinski sobre Gracián y la literatura áulica en Alemania (1894, 1967), así como las nuevas investigaciones de Knud Forssmann acerca de la presencia de Gracián en la cultura barroca e ilustrada del mundo germánico (1977), y los repetidos recuerdos de Joaquín Iriarte en torno a Schopenhauer como admirador a la vez de Gracián y de Calderón (1960).

En Rumania no sólo se ha vuelto a recordar los albores del gracianismo a través de la cultura bizantina —Ivana Zlotescu-Cioranu (1970) y Ariadna Carnarianu-Cioranu (1973)—, sino que la traducción del *Oráculo* y de *El Criticón* por Sorin Marculescu (1975) alcanzó tan extraordinario suceso, que se le pidió una versión de las obras completas de Gracián, de la cual no he podido tener más noticias hasta ahora.

Al tratar sumariamente de las varias nuevas traducciones de obras sueltas de Gracián, volveré a dar nuevos indicios sobre la presencia persistente y varia de Baltasar Gracián en el mundo actual.

VARIAS DISCIPLINAS

A Gracián se le suele designar, de modo asaz superficial y sumario, o moralista, sobre todo por su *Oráculo*, o tratadista literario, por su *Agudeza*, o politólogo, por *El Político*, o pedagogo, principalmente por *El Criticón*. Sin embargo, ni estas cuatro disciplinas son las únicas por él cultivadas, ni esas cuatro obras son las únicas que contienen su pensamiento moralístico, retórico, político o pedagógico. Luego examinaré los nuevos comentarios y aportaciones a cada una de esas cuatro obras. Ahora deseo señalar algunas disciplinas que Gracián cultivó en varias de sus obras y que recientemente han sido estudiadas de un modo más global.

La historia de la literatura española en la Edad de Oro, por R. O. Jones, coloca a Gracián solamente entre los moralistas de los siglos xvi y xvii (1971). Monroe Z. Hafter da un novedoso e importante paso adelante, estudiando el sentido y el valor de la perfección en Baltasar Gracián (1966); perfección que sobrepasa el área

de la moralidad o del moralismo para extenderse de la agudeza de las acciones a la perfección literaria y humana, con lo que se da al valor moral la primacía sobre todos los valores gracianos. La moral, en fin, de la situación, que prevaleció como problema en los años posbélicos del existencialismo, ha sido estudiada en particular, con el retraso cronológico que las obras de reflexión crítica implican, por José G. González (1973).

Aunque aparentemente centrada en la *Agudeza*, la investigación de Emilio Hidalgo-Serna (1985), de Wolfenbüttel/Braunschweig, es esencialmente filosófica, por cuanto en ella insiste en el pensamiento ingenioso de Gracián, vale decir en la primacía intelectual que el autor halla en toda la agudeza graciana. Débense añadir los varios análisis filosóficos de Jorge M. Ayala (1979-1980).

Cuanto a la pedagogía, tenemos ya ahora un análisis de su filosofía de la educación en la obra de Karl Dean Wilmat (1979), y una selección de sus más significativos textos educacionales en la antología pedagógica hispanoamericana de Angeles Galino (1968).

Varios autores han señalado últimamente las diferencias entre la mentalidad filosófica de las obras primeras de Gracián —siempre he rehuido llamarlas primerizas— y la de su obra definitiva, *El Criticón*. Mas también la visión misma de la Historia fue cambiando a lo largo de su vida, como ha subrayado cuidadosamente J. B. Hall (1975).

En los decenios anteriores a 1958, el acento de los críticos y filólogos gracianos se ponía sobre todo en el *Oráculo* y en *El Criticón*. En los últimos decenios, en cambio, esta última obra máxima ha alternado las predilecciones con la *Agudeza*, por los motivos que luego apuntaré. A estas dos obras mayores habrá, pues, que dedicar dos apartados individuales en esta panorámica de intereses y de problemas gracianos.

OBRAS VARIAS DE BALTASAR GRACIÁN

La primera de sus obras, *El Héroe*, ha sido tenida en cuenta repetidamente en los estudios generales antes señalados. Pero de los varios estudios particulares a él dedicados voy a indicar solamente el de Ulrich Schulz-Buschhaus sobre su prólogo y sus primeros primores (1979).

De las varias ediciones de *El político don Fernando el Católico* no debemos pasar por alto el facsímil de la *princeps* de 1640, con un exquisito prólogo de Aurora Egido (1985), y la de Evaristo Correa

Calderón, sobre todo por el prólogo que le antepuso un experto tan cualificado de la ciencia política como Enrique Tierno Galván (1961). Estudio al que debe sumarse el de Karl-Heinz Mulagk sobre el hombre político del siglo xvii (1973).

En el pensamiento político de Baltasar Gracián se han estudiado de un modo descriptivo y antológico su visión de España —Dolores Franco (1960)—, de Aragón —J. Mateo, J. Aguiano (1960), Antonio Goded y Mur (1962)—, de Navarra —Ignacio Elizalde (1976, 1977)— y ciertas referencias americanas —Daniel Devoto (1974)— y portuguesas —José M. Viqueira (1961)—, no todas estrictamente políticas.

Como perdida en un título no graciano, debo recoger aquí, por su valía, el encuentro, en *El Político*, de una particular combinación —no me atrevo a decir: juego— de ecfrosis y heptadismo, de descripción y de septuplicidad, que el propio Angel Ferrari había ya desarrollado en el que llama, con modestia y vanidad a la vez, su “único libro”, su magistral obra sobre Baltasar Gracián y Fernando el Católico. Ahora ambas figuras o métodos aparecen bien encuadradas como complemento manierístico-barroco de una larga serie de heptadismos y ecfrosis en textos antiguos y medievales (1983).

También *El Discreto*, como *El Héroe*, ha sido estudiado y considerado más bien en libros y escritos más generales sobre la obra graciana que no en estudios monográficos. Ha seguido siendo, con todo, punto de referencia en la historia de la literatura áulica, en la supuesta decadencia que va de *El cortesano* al *Discreto* de Gracián (Bernardo Blanco González, 1962); y los varios tópicos y razonamientos que aparecen en los diversos prólogos de esta última obra han sido puestos en relación, por Joseph R. Jones (1965), con las *Décadas* de Antonio de Guevara.

Dejando de parte (como diría Gracián) las ediciones españolas del *Oráculo* que no añaden nada de especial relevancia a las anteriores, las varias traducciones, varias o renovadas, de esta obra vienen a mostrarnos que continúa siendo el escrito graciano más divulgado; y no digo popular, porque desagradaría al propio Baltasar, que no siempre sabía distinguir lo popular de lo vulgar. Recordemos las versiones angloamericanas de Joseph Jacobs (1960) y de Laurence C. Lockley (1967), la exactísima traducción neerlandesa de Jan Timmermans (1965), y la nueva versión francesa, muy atildada, de Benito Pelegrin, con el título de *Manuel de poche d'hier pour hommes politiques d'aujourd'hui* (1978).

Gracián y su época

En Alemania las quintaesencias del *Oráculo* se han quintaesenciado en una antología de esa obra por Ulrich Friedrich Müller con el curioso y novedoso título de "Mensch und Mitmensch", "El Hombre y el Próximo" (1970), con clara tendencia a ver sobre todo en Gracián lo pesimístico y misantrópico, tomando esta palabra en su sentido etimológico. En cambio, Arthur Hübscher, presidente de la Schopenhauer Gesellschaft, en su encomiable introducción a una reedición de la más clásica que exacta —y prácticamente insustituible— traducción de Schopenhauer (1964, 1968; reedición con notas de Gerhard Ulrich, 1968) precisaba que el Arthur Schopenhauer que trabajó aquella versión no era aún el pesimista metafísico que luego será. Pero ello sólo indica que existía una latente simpatía por el autor del *Oráculo* y de *El Criticón* —que también intentó traducir—, aunque el pesimismo graciano contrasta con el de aquél en ser más bien moralístico y pedagógico que transcendental.

De los diversos estudios sueltos sobre el "arte de prudencia" considero interesantes un recuerdo polaco por Henryk Kalwaryjski (1968) y las señalizaciones referentes a su mismo título (Olga Prjevalinsy Ferrer, 1963) y a sus juegos de palabras (Francisco G. Povedano, 1976).

En comparación con la sensibilidad de zahorí de Ceferino Peralta para hallar ignacianismos en las obras de Gracián, la relación entre ciertos preámbulos de las meditaciones de *El Comulgatorio* con la "composición de lugar" de los *Ejercicios espirituales* es sólo interesante, dentro de su obviada (Fernando Rodríguez de la Flor, 1981).

AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

Creo que es forzoso abrir este apartado señalando la buena calidad crítica de la edición de esta obra por Ceferino Peralta en San Cristóbal, de Venezuela (1984).

Varias concausas han intervenido en que esa obra —antes sólo interesante para los españoles y los hispanistas— se haya convertido en un centro de interés, sobre todo en el extranjero. Ante todo obviamente la estilística estructuralista y la correlativa semiótica han hallado en ella un campo de observación y de observaciones. Y paralelamente, el persistente influjo de Freud en la crítica literaria —en los momentos en que sus teorías y sus métodos científicos comienzan a ser más ampliamente cuestionados— ha hallado un exquisito placer del texto en una obra aparentemente tan criptica,

y tan apta para una investigación cuasipsicoanalítica de sus sentidos más recónditos. Lo propio vale también —en forma más dilatada— para *El Criticón*.

El hecho nuevo lo constituye el que, habiendo sido la *Agudeza* la única obra de Gracián que no había sido nunca traducida a lengua alguna, no tanto por las dificultades intrínsecas que presentaba cuanto por creerse que sólo podía interesar en España, haya sido objeto, en 1983, de dos traducciones francesas distintas. Una completa, prologada por un buen conocedor de los tratados retóricos franceses del xvii, pero no hispanista, Marc Fumaroli, y presentada por un filósofo, Pierre Laurens, y por una filóloga, Michèle Gendreau-Massaloux —edición meritoria, a pesar de la intemperante crítica que le ha dedicado Pelegrin con autosuficiencia de perdonavidas, tan poco graciana—; y otra parcial y arbitrariamente recompuesta por el propio Benito Pelegrin, con una larga y aguda interpretación, como de un mejor conocedor de toda la obra de Gracián, pero con la fácil supresión de muchos ejemplos —si bien hay que reconocer que los aquí conservados han sido traducidos lo más exactamente posible bajo la norma prefijada de dar de los textos poéticos una traducción en verso, por lo general con rimas consonánticas.

Dejando a un lado los estudios concretos sobre la *Agudeza* previamente publicados por estos traductores, y también por otros gracianistas en estudios parciales luego refundidos en obras más generales ya mencionadas, notaré aquí, por su particular interés crítico, el estudio comparativo de los textos de la *Agudeza* con las fechas 1648 y 1649, por Nancy Palmer Wardropper (1980-81).

La misma estudiosa (1976-77) se ha sumado a los varios editores de la *Agudeza* en identificar algunos autores y obras citados o más bien sólo aludidos por Gracián. Otros han vuelto a examinar las dependencias respecto a Marcial —Kurt-Henning Mehnert (1970)— y a Pellegrini —M. J. Woods (1968).

El conjunto de toda esta obra, en relación también con otros escritos gracianos, ha sido objeto de algunas tesis, como las de Leland Hugh Chambers (1962) y sobre todo la de Virginia María Ramos (1966). F. C. Lacosta (1964) ha insistido en el conceptismo barroco de Baltasar Gracián; Félix Monge (1966), en su simbiosis de culturanismo y de conceptismo; Ceferino Peralta, también en su eclecticismo estético (1984); Hugh H. Gratz (1980), en sus relaciones entre retórica, agudeza y arte.

Han continuado los estudios comparatísticos con otros escritores —María de Lourdes Belchior Pontes (1971)—, con Quevedo —Angel Valbuena Prat (1970)—. Pero ha sido sobre todo el estímulo que se

ha suscitado en Italia por el fenómeno de la literatura barroca, y en particular por las obras retóricas y teóricas, lo que ha provocado frecuentes careos entre nuestro Gracián y el ex jesuita Emanuele Tesauro; cuales, entre otros, los de Antonio García Berrio (1968), Giuseppe Conte (1972) y P. Laurens (1979).

Acerca de la proyección de esta obra graciana hacia tiempos posteriores señalaré las notas marginales de Reinhard Brandt sobre la fortuna habida por la expresión "buen gusto" (1978), y los reflejos de la *Agudeza* en John Owen y en Alexander Pope, señalados respectivamente por Irving P. Rothberg (1981) y por José María Ruiz (1981). Por fin, cuando con un cierto desfase cronológico tanto se ha insistido últimamente en la interpretación psicoanalítica de Gracián, no podemos menos de subrayar el agudo ensayo de Blanca Perrián sobre el lenguaje agudo entre Gracián y Freud (1977).

Uno de los que más han seguido esa línea de interpretación ha sido Benito Pelegrin, particularmente, aunque no sólo, en su introducción a la traducción de la *Agudeza*, ya mencionada. Sobre esta obra de Gracián, y sobre *El Criticón*, principalmente, se basa su estudio sobre "el espacio jesuítico" del padre Baltasar, a propósito de la "ética y estética" del barroco (1985). Se trata de una parte de su tesis doctoral, de la cual no se nos dice en parte alguna por qué no se ha publicado en forma global, como se suele hacer en Francia con las tesis de Estado. Esta obra, como las restantes del mismo crítico, hubiera ganado mucho en seriedad científica si hubiera distinguido lo que son sólo intuitivas y agudas hipótesis de trabajo, de lo que él nos da como resultados inconcusos. Habré de insistir sobre ello en otra sede más apropiada que esta simple ponencia de conjunto. Pero desde ahora he de advertir que se equivocaría quien, disgustado por el tono provocativo y pedante que el autor suele asumir, se apartase de la lectura seria de esas nuevas y renovadoras aportaciones gracianas.

EL CRITICÓN

Como ya he indicado anteriormente, *El Criticón* comparte ahora con la *Agudeza* el máximo interés de los gracianistas.

De las reediciones completas de aquella obra capital de Gracián, creo que hay que señalar, en primer lugar, la de Correa Calderón, ahora en "Clásicos castellanos" (1971); sin regatear, con todo, los méritos de las que nos han dado Antonio Prieto en "Bitácora" (1970) y Santos Alonso en "Letras hispánicas" (1980), y de la utilísima, y

por lo mismo frecuentemente reeditada, antología cuidada por José Manuel Blecua en "Ebro" (5 1971). Notable el interés suscitado últimamente por esta obra en el mundo eslavo con las traducciones al ruso (1981), que no he podido ver, y al checo por obra de J. Forbelsky (1985), con una amplia introducción.

Diversas fuentes de *El Criticón* han sido señaladas por Luis Ira-che (1966) y Josephine Caroline Fabilli (1969), además de las muchas que han ido detectando los editores de esa obra, que acabo de mencionar. Pero por haber sido propuesta como eslabón intermedio entre Abentofail (ya sugerido por García Gómez) y el jesuita, he de hacer hincapié en la sugerencia de Pedro Sainz Rodríguez (1962) acerca de la historia caballeresca a lo divino del agustino fray Alonso de Soria, publicada en Cuenca el año de 1601, y que Gracián pudo fácilmente conocer, aunque no la mencione en ninguno de sus escritos.

De los múltiples estudios sobre varios aspectos de esta novela filosófica en su conjunto, quiero comenzar por el más reciente, el que ha ofrecido Lázaro Carreter a los asistentes a este simposio, apellidándola "epopeya", sobre la base de una autodefinition previa dada en una carta de Gracián. Para corroborar su aserto deseo recordar aquí que la tradición didáctica de la Compañía, concretada en una "Ordinatio" del prepósito general Muzio Vitelleschi de 1622, que Gracián sin ninguna duda posible conoció, y que Pachtler recogió en el tomo cuarto de sus documentos pedagógicos, era la de identificar la poesía épica con la epopeya, y la de distinguir, tanto en los poemas épicos como en los dramáticos, la fábula de sus episodios. Fuera de esto, los tratadistas jesuitas solían apellidar igualmente fábulas a las novelas posclásicas y renacentistas, que adjudicaban al género de la poesía épica por más que estuviesen escritas en prosa. A este propósito hay que mencionar la tesis de Isabel C. Tarán sobre épica, novela bizantina y *Criticón* (1977).

Recuérdense igualmente las aportaciones de Víctor García Arroyo sobre los aspectos educativos de *El Criticón* (1960), de Victorino Capánaga sobre el concepto de "persona" (1974), de Gonzalo Sobejano sobre su prosa poética al tocar el tema del tiempo mortal (1980); más la de Herman Iventosch en torno a sus nombres alegóricos (1961), y la de Margaret Levisi acerca de sus personajes compuestos (1980).

De los estudios generales de esta obra, la más significativa y compleja de Gracián, he insistido ya, en otras ocasiones, en la amplia investigación de Gerhart Schröder sobre la interrelación entre manierismo y moralismo (1966). Hay que añadir todavía otros dos tra-

bajos sobre la estructura misma de la obra: el de Theodor L. Kassirer para explicar su estructura alegórica y su técnica alrededor del tema de la verdad disfrazada (1976); y el de Marcia L. Welles sobre estilo y estructura en el (no del) *Criticón* (1976).

El último estudio general de envergadura es el de Benito Pelegrín en busca del "hilo perdido" de *El Criticón*, que sólo él ha podido encontrar, naturalmente, en la exactitud geográfica del relato, de Goa a Santa Elena, a Sevilla, a Madrid, a Francia, a Alemania, a Italia, a Roma (1984). Un mérito indiscutible es el de haber sabido encontrar más precisión geográfica en los itinerarios de Andrenio y Critilo de lo que hasta ahora se había supuesto. Pero si, aunque Sevilla fuese apellidada frecuentemente Babilonia, Gracián sólo aplica este epíteto a Madrid, no se excluye una ficción poética en que se acumulen en esta ciudad rasgos propios de ambas. Si se sitúa el museo del Discreto más allá de los Pirineos, no se excluye que Critilo personifique esporádicamente a Lastanosa con Luis de Orleans, en un entresijo de mecenazgos, ni que entrevere los tesoros variados del doctor Filhol, de Tolosa, con las riquezas bibliográficas de Lastanosa en Huesca; para probar otra cosa habría que verificar si Filhol poseía los variados libros de poesía y prosa españolas que Critilo finge hallar en su biblioteca. Si el sobrio paisaje de Port-Royal cuadra más con el yermo de Hipocrinda que el de Valencia, lo mismo que la presencia de dos comunidades, masculina y femenina, los señores de Port-Royal no hacían "profesión" alguna, mientras que los jesuitas eran la única orden religiosa en que no todos sus miembros eran profesos —cosa que, naturalmente, no ha podido explicárselo Cesare Cantú, único guía de Pelegrín en su peregrinación ideal a través del instituto de la Compañía de Jesús. He de repetir aquí lo ya indicado sobre tan peregrino autor: que la constatación de sus logros bien merece una armadura de paciencia ante tanta desenvoltura pedantesca, impropia ya de sus años y de su talento.

Los estudios parciales sobre el estilo, lo descriptivo, lo narrativo, lo simbólico, lo intencional, la técnica del buen hacer en *El Criticón*, son tantos y tan variados y dispersos —alguno, como el de Robert Pring-Mill, en comparación con los sueños quevedianos, muy esclarecedor (1968)—, que resulta imposible citarlos aquí. Pues ya he indicado, y lo repito, que no he intentado dar un muestreo bibliográfico, sino una aguja de marear por entre los temas y los problemas gracianos que han ido emergiendo en estos últimos cinco lustros.